

Hotel Vedado

Ernesto Hernández Busto

La Habana a la que llegan Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí el 1º de diciembre de 1936 parece un balneario Art Decó, atravesado por automóviles que tienen algo de soñolientos animales domésticos. En su rencorosa caricatura de 1944, José Moreno Villa imagina al poeta andaluz mientras pasea por la costa de California «estrenando los últimos modelos de automóviles salidos de las fábricas USA». Lo dice como si fuera algo terrible que el «príncipe de la poesía» viajara en automóvil. A ese adusto *index* habría que agregar, entonces, el Ford descapotable que Juan Ramón alquiló para llegar desde Santiago hasta La Habana.

Alguien que había pasado toda su vida huyendo de las corrientes de aire, vigilando cualquier variación del clima y exigiendo a su esposa la total ausencia de ruido para trabajar, en Cuba tuvo que sentirse arrojado a un infierno. «¿Cómo concebir aquí el libro total y único, resultado del mundo, del triste Mallarmé?», se pregunta Juan Ramón frente al libro mohoso que una muchacha le ha pedido que le dedique al final de una velada. Y ese ejemplar ajado le basta para concluir que la exuberante vida del trópico va acompañada por una no menos exuberante muerte, «que se manifiesta en el ataque cotidiano del clima sobre todas las cosas». La decepción, concluye, es el destino de estas islas en las que todo sucede demasiado rápido, «de estas tierras excesivamente hermosas donde el presente es tan fugaz, tan breve el engaño del presente; donde la vida se desarrolla en volumen tan apresurado y se vive luego mucho tiempo como muerto; donde madura la belleza, blanda, tan pronto; donde es tan evidente y tan rápida nuestra deformación».

Tales preocupaciones alternan, sin embargo, con numerosos arrebatos de signo opuesto, la mirada pueril del turista. Su gira trasatlántica lo saca de un ambiente de fervores y arribismos, del «arrastre jeneral» de la política republicana. Viaja primero a Washington, con un encargo diplomático de Manuel Azaña que no conmueve la indiferencia norteamericana hacia la Guerra Civil. Han transcurrido veinte años desde que el «poeta recién casado» descubriera los Estados Unidos, aquella primera Norteamérica vista —como dice Cintio Vitier— a través de un velo de novia. Ahora el velo se rasga y deja ver el rostro filisteo de la gran ciudad: «Nueva York se deshace, automáquina, a sí misma. Es la forma más perfecta, a eso tenía que

llegar, de la decadencia del progreso; mejor, del progreso decadentista, etc.» En su ensayo *Límite del progreso*, Juan Ramón equipara ese «capitalismo comunista con voluntad libre» al «programático comunismo sin capital». «Buen estilo progresista democrático», ironiza, y los acentos de la frase parodian el ritmo monótono y banal del «progreso ingenioso» contra el cual propone constituir una excéntrica «Minoría de Inventores Máximos». *Límite del progreso* aparecerá publicado en el segundo número de *Verbum* (julio-agosto de 1937), órgano de la Facultad de Derecho de la Universidad de la Habana, una oscura revista donde trabaja, de secretario de redacción, el estudiante José Lezama Lima.

Hija de una acaudalada familia de catalanes y puertorriqueños afincados en Estados Unidos, Zenobia Camprubí Aymar, la esposa de JRJ, es una de esas damas altruistas de principios de siglo que combina la filantropía con una desconfianza absoluta hacia el ocio y el mestizaje. La Habana es para ella una sucursal caribeña de la India, y su comportamiento, por lo tanto, nos recuerda a algunos personajes de Forster o Kipling. Sin lujos, por supuesto. Aunque Juan Ramón la prefiere de secretaria u ocupada en actividades de beneficencia, Zenobia es reacia a depender de los magros ingresos de su marido y hace de todo para no malgastar su herencia, administrada por un prudente abogado neoyorkino.

Al llegar a La Habana, la pareja se instala primero en una pensión y luego se muda al Hotel Vedado —hoy Hotel Victoria—, en la esquina de las calles 19 y M. El Vedado era un hotel de precios módicos, cuyo comedor se convierte enseguida en el salón del poeta. Allí recibe Juan Ramón a sus discípulos cubanos (Eugenio Florit, Justo Rodríguez Santos, Emilio Ballagas, un jovencísimo Cintio Vitier...) mientras Zenobia, en ropa interior y agobiada por el calor, mecanografía en la habitación los apuntes de su marido.

A juzgar por su *Diario* cubano, la principal preocupación de Zenobia es el calor, asociado a la no menos inquietante indolencia tropical («la desmoralización que causa el ocio») y su efecto «catastrófico» sobre la creatividad de Juan Ramón. Su impresión de Cuba se resume en una frase lapidaria: «Aquí el clima me agobia y no me gusta la gente». Para paliar ese disgusto, entre marzo y abril de 1937 la dinámica esposa del poeta planea un estricto presupuesto familiar, admira el Ten Cent, dona ropa a la cárcel de mujeres, toma clases de cocina, asiste a conferencias de Menéndez Pidal y Camila Henríquez Ureña, ve bailar la rumba en un cabaret para turistas («Nunca he visto tales gestos y una exhibición tan obscena de sensualidad como el de esas negras esculturales al subirse las faldas llenas de vuelos

para exhibir tanta piel como les fuera posible»); recorre la provincia de Cienfuegos, escribe infinidad de cartas, lee *Lo que el viento se llevó*, va a misa en dos iglesias de la Habana Vieja (la Franciscana y la Merced), visita un central azucarero, cose su propia ropa y aún le sobra tiempo para discutir con su esposo. Ella quisiera seguir rumbo a Estados Unidos para reencontrarse con su familia después de veinte años; él ha decidido quedarse en Cuba algún tiempo, y no entiende cómo su mujer puede sentirse inútil con un programa tan apretado. El resultado es un paisaje idílico convertido en singular prisión:

Aunque la Habana es tan bella, (...) encuentro la vida aquí horriblemente vacía. La humanidad parece estar dividida entre los muy pobres y los que no hacen nada, igual que la isla está dividida entre el campo vacío de hombres, las pequeñas ciudades provincianas que arrastran su vida soñolienta y esta indecente explosión de prosperidad, la Habana.

Y al día siguiente:

Me gustaría que nos mudáramos a otro lugar más llevadero con nuestro parecer y sensibilidad. Claro que como J. R. necesita los seres humanos solamente en segundo término, lo soporta mejor que yo porque sus achaques físicos han desaparecido en este clima y la comida cubana le cae mejor que ninguna otra. Él dice que trabaja mejor aquí que lo que ha trabajado desde su juventud.

Por suerte para Juan Ramón, Zenobia conocerá pronto a Elena Mederos, la figura más prominente del Lyceum habanero. En la casona de la calle Calzada se programan conferencias, conciertos, exposiciones, escuelas nocturnas para adultos. Elena y Zenobia clasifican la biblioteca de Max Henríquez Ureña, meriendan en El Carmelo o pasan las tardes en la piscina del Hotel Nacional. Mientras tanto, Juan Ramón pasea en un coche de alquiler, casi siempre solo, por una ciudad que le recuerda su infancia en Moguer. Atrás han quedado los temores del *heliotropiquismo*, el peligro oculto tras la belleza del trópico. Ahora se refiere al «secreto de la Habana», a la ciudad «hermosamente escondida».

La foto más conocida de Juan Ramón en Cuba está en un boletín de la Academia Cubana de la Lengua correspondiente a 1958: de pie en el antiguo Recodo, al final del Malecón, con una corbata de puntos blancos y un sombrero en la mano. A su lado hay un señor de barba que sostiene también un jipijapa bajo el brazo: es Ramón Menéndez Pidal, a quien la